

Antología de Juan M. Gámez Ortiz

Presentado por

Poemas del Alma 

Índice

Esperanza

Cuanto necesitaba

Incomprensible y fugaz

Mi Sirena

¿Quién me arrebató la sangre?

El amor y el tiempo

Los cambios vienen solos

Un beso de despedida

Si tuviera que elegir

Algo etéreo, incorpóreo y cierto

Y dijo el necio a su amada

Él la iba buscando en su vida

Recuerdos

Luna

La Isleta

Tres actos

La mirada de una diosa

A veces pienso

La isla desierta que recuerdo

Los diez delirios de un necio

Entre el amor y el llanto

Si quieres te cuento un secreto...

¡Ven a mí!

Hay palabras

Truena

Las ascuas eternas

La sonrisa que más me feliz me hizo

Un suspiro tan repentino y dulce...

El Titiritero

Expectativas

Terremotos, luces y súplicas

Desiertos asfaltados

Si lo olvidamos

Vuelta amarga

Luces de Noviembre

Esperanza

Y como tímida llama
que, entre viento y agua,
caminando errante se extingue,
allá, entre las cenizas de su fuego,
entre cuanto queda de su estirpe
humeante y triste,
ver nacer un tallo verde espero,
que crezca y se alimente,
preparando avivar la llama
por aquella que me conquiste.

Cuanto necesitaba

Recuerdo vagamente el rozar de tus labios
cuando hablabas a susurros mirándome.
Tus palabras de aquél día se desvanecen,
al igual que el tiempo que ha pasado desde entonces
y sin embargo, mis ojos recuerdan los tuyos cuando me mirabas,
cuando rozabas mi alma con tus ojos y tu alma,
cuando, con una sonrisa inocente, me decías cuanto necesitaba.

Incomprensible y fugaz

Incomprensible y fugaz
como un inocente cosquilleo.
Sensible y luminosa.
Tiempo atrás deseaba cuanto siento
y hoy, volviendo temerosa la mirada,
inconformista como antes,
de nuevo intento convencer al espejo,
con los labios juntos y fruncido el entrecejo,
que no añoré nunca sentir ese cosquilleo.

Mi Sirena

En la solitaria playa del olvido
seca la brisa viejas lágrimas
de unas nuevas mejillas
que comparto ahora contigo.

Nuevas y sanas como el azul
del cielo impoluto y limpio.
Sanas y fuertes como el viento
que golpea lo absoluto.

¡Qué fresca está el agua, mi Sirena!
El mar nos ofrece tanta belleza...

¡Ven conmigo!, ¡Ven al agua!
Nos espera impaciente el agua fresca.
Tus ojos y tu rostro clarean el agua.
Tu ausencia, la mar espesa.

¡Ven Sirena!, ¡Ven a nadar conmigo
hasta que nos aguanten los brazos y las piernas!
Ese precioso pelo húmedo y largo
que pende de la más hermosa cabeza.

¡Ven Sirena!, ¡Ven a nadar conmigo
hasta que no alcancemos a ver la tierra!

¿Quién me arrebató la sangre?

No se siente sino un profundo malestar inmerecido
cuando, tras negarte a ti mismo el poder del tiempo,
piensas nuevamente en aquél antiguo recuerdo
que vaga por entre las sombras del olvido.

Y no pudiendo sino recordar apesadumbrado
aquél fugaz destello que iluminó mis párpados,
desprecio las perpetuas llamas que me miran a diario,
intentando rescatar el afecto que se me escapó entre tus manos.

Y si alguna vez confieso quién me arrebató la sangre
y vuelve ella de entre las sombras y me abraza,
volverán a abrazarla mis abrazos
y mis ojos mirarán dulce y nuevamente su cara,
mientras le preguntan, sellados, mis labios:
"¿Quién eres tú y qué le has hecho a quien amaba?"

El amor y el tiempo

Desolador es el paso del tiempo,
esquivo, veraz, finito
y en su parte más viva
quizás algo tierno.

Un día es una sentencia
en que cada segundo es eterno.
Supongo que alguien quiso castigarnos
y no supo hacerlo.

Inquietante es el amor y sus formas,
ciego, esquivo, fiero
y en su parte más viva
puramente humano.

Un romance sólo es eso:
una caricia en el rostro,
un beso en el cuello
y, cuando se espera menos,
un desconcertante y dulce "te quiero".

¿Y qué hay del amor y el tiempo
cuando son hermanos de sangre?
Cuando el tiempo va matando al amor
mientras éste lucha por vencer al tiempo.
¿Y qué de aquellos que no lo usan nunca?
Aquellos para los que sólo importa el tiempo,
siendo el amor el único capaz de detenerlo.

Los cambios vienen solos

Los cambios vienen solos,
como solas se lleva el viento
las palabras que dijimos
y las aves que el cielo pueblan
cuando se acerca el invierno.

Los cambios vienen solos,
como solas quedan las ostras
cuando pierden sus perlas
o los peces que navegan
por aguas muy revueltas.

Los cambios vienen solos,
como las playas solitarias
y las olas que dan a ellas,
como el iris de una pupila
que nadie mira ni observa.

Los cambios vienen solos,
como solas están las luces
que brillan con más fuerza,
como nace el agua clara
en lo más alto de la Sierra.

Los cambios vienen solos,
como solas las palabras
y las muecas y los actos,
como el rayo que centellea
al caer sobre un árbol.

Los cambios vienen solos,
como la hoja que verdeguea
al tronco antes derrotado,
como labios que piden besos
a otros labios deseados.

Los cambios vienen solos,
como las rosas que florecen
en los días más tormentosos,
como la lluvia que sorprende
a las gotas azules del océano.

Los cambios vienen solos,
como el alma cuando siente
aquél profundo desconsuelo,
como una moneda mellada

donde el canto es toda ella.

Los cambios vienen solos,
como se quedan los sueños en la noche,
como nacen los párpados con el alba,
como los labios resecaos que lloran
por aquellos labios que besaban.

Los cambios vienen solos,
como las dulces miradas que nos devoran
y los caminos trepidantes que no tomamos nunca,
como las palabras que susurramos casi en silencio
a esa alma desbocada y peregrina en la distancia.

Los cambios vienen solos,
muy lento es su paso,
pero si no nos damos cuenta,
se van muy rápido.

Un beso de despedida

A la sombra que ennegrece
el corazón partido,
démosle descanso,
y a los ojos sin párpados
que miran al infinito.

A los besos sin labios
que a ojos sin párpados cautivan,
démosle el valor que merecen,
y a los labios que se sequen,
démosle besos con la vista.

A la piel que el hambre aceche
y el deseo persiga,
démosle una tregua,
y a la lengua que no habla nunca,
démosle palabras que entienda.

A aquellos que nos contemplan
y a aquellos que nos escuchan,
no les demos más excusas,
y a aquellos que nos reflejan,
démosle una imagen buena.

A la piel que funde su carne con la nuestra
y a los labios que nos escitan,
démosle un lugar privilegiado en nuestra vida,
y a los ojos que nos miran suplicando,
démosle un abrazo y un beso de despedida.

Si tuviera que elegir

Si tuviera que elegir a quién querer,
jamás la elegiría a ella,
ni esperaría su voz calmada y alegre
llamándome, a susurros, con dulzura.

Si tuviera que elegir cómo quererla,
jamás lo haría como la quise,
ni esperaría ver en sus ojos el brillo
que anhelan mis pupilas solitarias.

Si tuviera que elegir cuándo quererla,
jamás en verano, ni en invierno,
ni cuando cae la última hoja,
ni cuando el primer brote verdeguea.

Si tuviera que elegir...
si pudiera elegir a quién querer,
¿Qué sería la vida?
¿Qué sería mi vida?

La he querido durante tantas primaveras,
su voz, su pelo, sus labios, su sonrisa.
La he querido a destiempo más que nunca,
sus ojos, la forma de lanzar sus piernas.
La he querido más que nadie que conocía.

Si tuviera que elegir...
si pudiera elegir a quién querer,
a quién haber querido,...
sin dudarlo la dejaría de querer a ella.

Es duro admitir que sus ojos no brillan
en las pupilas solitarias que engalanan
el fracaso de haberla amado tanto.
Es duro saber que recordarla
jamás será un consuelo a lo que siento,
recordar lo mucho que la quería,
recordar lo poco que era para ella...

Si tuviera que elegir...
si pudiera elegir a quién querer...
sin dudarlo la querría a veces, en mis sueños,
y dejaría de quererla al despertar, en mi vida.

Algo etéreo, incorpóreo y cierto

¿Conoces esa última imagen
que, cada noche, más vívida,
más dulce y más vibrante
ronda el consciente al dormirse?

Esa es la llama por la que luchamos,
la victoria que aún no hemos alcanzado.
Esa es la vivaz fuerza que nos mueve,
es todo por lo que suspiramos
cuando soñamos con los ojos abiertos.

Esa es la vida del alma como alma libre,
es la dulzura del viento cuando nos llama,
es la esperanza que nunca podrán truncarnos,
es algo etéreo, incorpóreo y cierto,
es mágico, es mágica,
y lo más importante,
es nuestro.

Y dijo el necio a su amada

Y dijo el necio a su amada:

"Habrà quien diga que tus ojos
no son los más lindos que ha visto.
Entonces le retaré a demostrarlo
y, mientras busca, huiremos.
En otra ciudad y con otra vida,
nuevos nombres y el mismo aspecto.

Te aseguro que, tras ciertos años,
volverá a visitarnos aquél extraño,
mas llamará a una nueva puerta
y, tras abrirla tú y tus ojos, exclamará:
- ¡La encontré!, ¡es la más bella!
y sus ojos son luz blanca,
y su luz blanca me quita las tinieblas."

Entonces ella no lo consideró un necio
y, tras abrazarlo fuerte contra su pecho,
miró sus labios, miró sus ojos y le dio un beso.

Él la iba buscando en su vida

Él la iba buscando en su vida,
por las calles de los lugares a los que acudía.
En los libros, todos los relatos la describían.

Ella, sólo ella,
aparecía en los periódicos y en las revistas,
en musicales de hace siglos y en todas las poesías.

La estuvo buscando tanto tiempo
que olvidó por qué la quería
y sintió el corazón quebrándosele,
horadando sin piedad su pecho.

Entonces apareció de la nada.
Como siempre tan bella.
Se inclinó sobre él,
desconsolado en el gélido suelo,
y le dió un beso en la mejilla.

Levantó de golpe, recompuesto,
miró a un lado, miró al otro
y, poniéndose la mano sobre el pecho
sintió alivio y fue feliz
al descubrir su corazón latiendo.

Recuerdos

"¿Me recordarás cuando me haya ido?"

Dijo, como soñando entre nubes,
en aquella despedida lejana y triste.

"Recordaré cada suspiro de los labios
que dan fuego a las palabras que cautivan
y cautivarán por siempre mis oídos.

Recordaré cada reflejo del sol en tus ojos
cuando mirabas con ternura los míos.

Recordaré el suave y dulce tacto
de la belleza que narra tu piel desnuda.

Recordaré las noches en vela suspirando,
mientras se batía el valor contra la duda.

Recordaré por siempre tu carita blanca
y el rosado de tus mejillas cuando te miraba.

Recordaré tus pasos firmes avanzando
por aquel jardín que tanto querías.

Y recordaré tus risas en la mañana
cuando aún, con los ojos cerrados,
a las puertas de mi alma susurrabas
palabras dulces, lindas palabras."

Todo eso pensé en silencio
mientras desaparecía entre la niebla.
Quisiera haberle dicho tanto...
mas el orgullo sujetó mi pecho
y selló mis labios.

Luna

I

"Pondré en tus ojos mi mirada,
daré a tus oídos mi voz,
mi piel en tu piel descansa
y guardarás en tu olfato mi olor."
- me dijo dulcemente Luna
cuando aquel verano se despidió.

"¡Pues si te marchas de mi lado
jamás recordaré tus palabras!"
- le dije yo.

II

Esta noche diré casi susurrando,
tan cerca como pueda de su alma,
con, en una mano,
brillando la esperanza -
"Luna, ¿Por qué has tardado tanto?"

Y bajo las estrellas de noviembre
y el frío aliento de la Sierra,
que, bajo la espesa nieve,
por todos nosotros vela,
diré susurrando casi -
"Eres tan bella."

Y mientras miran sus ojos mis pupilas
y rozan mis dedos los suyos
y, más tarde, sus mejillas;
mientras muerden sus labios los míos
y me besan sus dedos la nuca,
fundiendo en uno dos latidos,
pensaré casi en silencio-

"¿Dónde has estado hasta hoy, Luna?"

La Isleta

En la bahía cristalina
de una grandiosa Isleta,
es clara hasta la espuma
que corona sus olas bellas.

Rompe un mar confiado
en arrecifes de hermosas piedras,
la fuerza y el cristal de sus aguas,
el frío y la humedad de su esencia.

En su orilla, colmada de oro fino
y bañada en finas riquezas,
juguetea un pequeño animalillo,
allá a lo lejos, con la tierra.

Sonido dulce de una bonita marea,
cuyas olas, cuan bellos zafiros,
desde el alba hasta la puesta,
en oro y plata fundidos,
fielmente el sol reflejan.

Playa única entre cordilleras
con la más dulce mar salada
Playa perfecta, perfecta arena,
pequeña playa de encantadoras aguas.

Tres actos

I. Rugir.

Una caricia de malas manos
es el mayor desprecio.
Es decirte a la cara
que sabiendo lo que sabes
no puedes cambiar lo que hace.

Una provocación desalmada
que desarma al que se defiende
y enaltece al que se oculta
y, entre sombras, esboza
la mejor forma de malhacer
todo el bien que hace a quien detesta.

II. Llanto.

Sus ojos temblorosos me miraban,
sin parpadear, sin apartar la vista.
Ví admiración en sus ojos
y ví en ellos una verdad amarga:
me preguntaban, en la distancia,
solitarios, temblorosos y tímidos,
si intercedería por ellos y su huésped
ante la fuerza que nos había separado.
Quise asentir confiado ante sus grandes ojos,
pero sus lágrimas me desbordaron
y no fui capaz de mentirle.

III. Lección.

Y, en las postreras horas en el lecho,
cuando la Parca reclame los huesos que portas
y los dos extremos verticales del centro
reclamen el alma sin cuerpo que te nace,
recuerda en quiénes confiaste y dales paz.
Hasta entonces...
hasta el último momento...
¡Ni agua!

La mirada de una diosa

Una mirada que encuentra la tuya
cuando menos lo esperas
y hace brillar la luz
que de los ojos te emana,
no es otra mirada mas que la de una diosa.

Unas manos que abrazan por las palmas
los dedos más hermosos
por los que ha sufrido un hombre.

Unos labios que susurran el secreto,
soplo a soplo, de una voz tan dulce
no pueden ser de otra,
sino de una diosa errante
que vaga por entre mundos,
regalando la esperanza que le nace.

Una sonrisa que se contagia en un segundo,
apenas mirarla basta,
una plácida sonrisa desenfadada y alegre,
para ser dichoso.

Una sonrisa que conmueve el alma
no puede ser de otra, sólo de ella,
aquella diosa hecha carne que dejé atrás,
aquella primavera hecha añicos
que atormenta cuanto añoro
mientras añoro cuanto representa.

A veces pienso

El refugio que busco cuando te recuerdo
es el mismo que encuentro al olvidarte,
pero un refugio es sólo eso, un fugaz destello
en que nada parece tener sentido.

La vida que anhelo es la que vivo,
aunque no pueda estar a tu lado.
La vida que vivo es uno de los deseos
por los que paso mis noches suspirando.

Y, sin embargo, ahí no estás cuando te busco,
ni cuando me despierto y te llamo,
ni cuando quiero contarte cómo soy,
en quién me he transformado.

Apareces siempre cuando más dudas me asaltan,
cuando menos claro tengo todo,
cuando pequeñas crisis de fe propia
me convierten en la peor versión que guardo.

A veces pienso que no te amo,
que nunca he podido hacerlo.
Pienso en aquellos días y me comprendo,
renunciando, perdido y maltrecho.

A veces pienso que alguna vez me quisiste
y juro que hasta llego a creerlo.
Pienso en cómo mirabas mis ojos sin verlos
y es entonces cuando, sin querer, te recuerdo.

La isla desierta que recuerdo

En la mar profunda de heladas aguas
se encuentra una pequeña y bonita isla
rodeada de bellos arrecifes y llena de vida.

El verdor de sus laderas enmudece el habla.
El sonido de las olas, cuando dan a ella,
tranquiliza el alma, y al espíritu sosiega.

Y aún sin ser, las más altas sus palmeras,
supone su paisaje un gozo para la vista.
Sus formas son perfectas, y perfectas sus arenas,
que baña el sol de oro ante el ojo del artista.

Ríos de agua mansa, agua clara, pura y limpia,
surcos cristalinos de agua helada en sus cuencas.

En su centro, hacia el cielo, crece una montaña
en cuya cumbre pude verse una mágica aurora
cuando, en las últimas horas de la noche,
al llegar el alba,
ilumina un rayo la más bella rosa.

Los diez delirios de un necio

Mi primer delirio para conmigo
fue desconocer cuanto siento
por ser presa de sus sentidos.

El segundo de mis tropiezos,
un jarro de agua fría
que virtió con desprecio el destino.

Del tercero nada recuerdo,
mas sé que precediendo al cuarto hay alguno.

De la Alhambra y sus jardines
viene el quinto de la mano

y el sexto, en Pedro Antonio
parece tener un rinconcito.

El séptimo fueron siete,
siete palabras que nunca decía,
siete espadas que clavó sin tregua
a este corazón humilde, en sus orillas.

La octava, nuevo cambio,
nueva riña,
volver a ver el fuego
asomarle prudente por la boquita

y esos ojos negros que decían
se va acercando la novena.

Diez fueron,
diez caídas,
diez veces sufriendo la misma herida.

La décima me abrió los ojos,
y ese fue
el último de mis delirios con ella.

Entre el amor y el llanto

El amor es certero y claro,
como las gotas de rocío
que caen del cielo.

El dolor es disperso y oscuro,
como las ondas que dejan las gotas a su paso
y que, poco a poco, se van disipando.

Es por esto que,
como tras las gotas van las ondas,
tras el amor viene el llanto
por el dolor del recuerdo.

Si quieres te cuento un secreto...

Si quieres te cuento un secreto...
¡Acércate! Que no lo oiga nadie...
Que no oiga nadie lo que te cuento.

Si quieres te cuento un secreto...
¡Mírame de cerca! Con esos ojos
que me pierden tanto morena dulce.

Con esos ojos verdes que me pierden,
con esos verdes ojos que me arrancan
del corazón la sangre y la pena.

Si quieres te cuento un secreto...
¡Siénteme a tu lado! Al lado tuyo
siénteme siempre morena errante.

Cuando viajes contra el viento bravo,
cuando nades contra la corriente,
siénteme siempre tuyo, morenita dulce.

Si quieres te cuento un secreto...
¡Acércate! Que no lo oiga nadie...
Que no oiga nadie lo que te cuento.

Si quieres te cuento un secreto...
¡Cierra los ojos! ¡Vuelve a abrirlos!
Esos ojos verdes me pierden morena...
¡Acércate! ¡Estate conmigo, aquí cerca!
Esos verdes ojos que me muestras...

¡Siénteme a tu lado! ¡Siénteme siempre!
Que tus ojos no dejan de atraerme...
Que no me dejan tus ojos de atraer,
como los polos imantados que se funden.

¡Siénteme a tu lado! ¡A tu lado siempre!
Que no me dejan tus ojos de mirar,
Que tus ojos no dejan de mirar mi alma,
como ojos de enamorados que se unen.

Si quieres te cuento un secreto...
Un secreto que no conozca nadie.
¡Acércate! No quiero que lo escuchen.
¡Será nuestro siempre, morena dulce!
¡Será nuestro secreto siempre!
¡Ven! ¡Acércate!

Que no quiero que lo oiga nadie.

¡Ven a mí!

Fundámonos en un nosotros muy bello,
donde ya no seamos tú o yo,
donde pasemos a ser nos.

¡Ven a mí! Que yo iré a ti,
a buscarte, a sentirte.
Que yo iré a ti cuando pueda.

¡Ven a mí cuando puedas!
Que yo te busco y te espero,
te espero y te busco desde siempre.

¡Ven a mí! Que yo voy a ti sin saberlo,
que voy a ti sin querer, me atraes.
Que yo te busco sin conocerte.

¡Ven a mí! Que no te encuentro si no me dejas.
Que voy sin rumbo a la deriva
por el mar donde navegas.

¡Ven a mí, libertad del alma!
Que yo te sigo a donde vayas.
Que yo te sigo a donde quieras.

¡Ven a mí, espíritu lascivo!
Que tus ojos me perviertan el cuerpo.
Que tu alma libre toque mi alma tierna.

¡Ven a mí, designio! ¡Ven a mí!
Que seré yo quien te guíe cuando vengas.
Que seré yo quien te salve mientras viva.

¡Ven a mí, viento de la noche! ¡Muéstrate!
Que soy yo el que te oye, el que te escucha.
Que seré yo el que oirá las historias que cuentas.

¡Ven a mí, jornada ausente! ¡Libérame!
Que soy yo quien te conoce, quien te soporta.
Que seré yo el que te cante al filo de la madrugada.

¡Ven a mí, ensueño maldito! ¡Dame la paz que te sobra!
Que soy yo el que se desvela cuando pasas.
Que seré yo el que nunca olvide que me odias.

¡Ven a mí! ¡Ven a mí sin nada!
Que soy el que te quiere como eres, por como piensas.

Que seré yo el que recuerde a quién miré por vez primera.

¡Ven a mí! ¡Ven tú sola!

Que soy el que te ama.

Que seré siempre el que te quiera.

Hay palabras

Hay palabras especialmente inventadas
que suenan mejor que las ya escritas
y, por más que tus labios las repitan,
nunca me cansaré de escucharlas.

Sí, hablo de esas palabras
que cuando suenan nos magnifican
y a cuantos llegan tranquilizan.
Esas que nunca serán olvidadas.

Son símbolos, solamente símbolos,
pero en realidad componen
la aventura de una vida.

Son la llama que nos mantiene vivos,
la ilusión propiamente humana,
una esperanza nunca perdida.

Truena

Truena allá a lo lejos,
un sonido estridente y yerto.
Truena allá a lo lejos
la voz susurrante del viento.

Se acerca presta la tormenta,
como cuesta abajo.
Se acerca rápido por el este,
como si debiera.

Las gotas golpean las piedras,
las piedras se mojan.
Las gotas cuentan historias,
las piedras no se secan.

Para de repente. Ha parado.
Pero no ha parado del todo.
Su voz descansa, toma fuerza
y vuelve a desatar su rabia.

Y truena de ultratumba.
Y las gotas precipitan.
Y la voz no descansa,
la voz no está cansada.

El cielo lleno de nubleras
se las va quitando sin ganas.
Un pequeño claro de su azul
entre todo lo blanco muestra.

Y truena cada vez menos.
Y las gotas son más finas.
Y la voz se oye poco,
y se oye poco porque se aleja.

Los árboles que se tambalean
con gracia y sosiego cesan.
Las nubes desaparecen despacio
hasta convertirse en niebla.

Las ascuas eternas

Las ascuas eternas no se apagan nunca.
Desafían la física y sus leyes.
Las ascuas eternas no se apagan nunca.
Desafían el raciocinio y su luz.

Las ascuas eternas se crean de la nada.
Surgen de tus ojos cuando miras
y de tus labios cuando callas.
Las ascuas eternas se crean de la nada.
Surgen de tu carne al rozarme
y de tus manos cuando me abrazas.

Las ascuas eternas son belleza y vida.
Se regeneran a cada paso,
pero nunca se apagan.
Se regeneran en cada suspiro de tus labios,
pero nunca se apagan.

Las ascuas eternas son belleza y vida.
Se regeneran cuando llegas
y quedan candentes cuando te marchas.
Se regeneran cuando llegas
y quedan candentes en el recuerdo de tus ojos.

Las ascuas eternas no existen,
son solo lo que yo te quiero,
son solo lo que yo te quiero...

Las ascuas eternas no existen,
son la vida que me das con tus labios,
son la vida que me prestas con tus ojos...

Las ascuas que rugen en mi fuego por ti son eternas,
son las ascuas de mi vida
y serán las áscuas de mi vida siempre.

Las ascuas que me pierden en el infinito
son las áscuas que me avivas,
son las áscuas que me avivas...

Las ascuas eternas de tus ojos mirándome
son las ascuas que siempre quedarán encendidas.

La sonrisa que más me feliz me hizo

La sonrisa que más me feliz me hizo
cada vez está más lejos.
Se pierde en el recuerdo de esos días
que compartimos.
Se va marchando de mí como el tiempo,
como se marcha el tiempo con las horas
que vivimos juntos.

La sonrisa que más feliz me hizo,
¡qué sonrisa era!
Algunos dirían que sigue siendo la misma,
pero yo la veo distinta.
Esa sonrisa que me cautivó
ya no me cautiva.

La sonrisa que más feliz me hizo
ya no existe.
Cambió lo que siento por ella
y cambió cómo mis pupilas la observan.
Es una sonrisa preciosa, sí,
de las más bonitas que haya visto.

La sonrisa que más feliz me hizo
es la misma que me dañó tanto.
La dualidad de sus labios cuando sonreía,
la dualidad de mi sentir a su lado.
El dolor de ver su sonrisa eterna,
el placer de que su sonrisa fuera infinita.

Un suspiro tan repentino y dulce...

Un suspiro puede alterar el viento,
que sopla hacia donde quiere.
Un suspiro puede mover el mundo,
y lo mueve,
todos los días nos desliza
y nos mece.

Un suspiro tan repentino y dulce...
Un suspiro que nadie anticipa
puede surcar la tierra con ternura
y hacer brotar con gracia
del suelo árido el agua que necesita.
Un suspiro tan repentino y dulce,
tan dulce y repentino como ella.

El Titiritero

Tiritando, el titiritero se desnuda ante la Luna Nueva.
Espera que vuelva a brillar como nunca
y baila y canta para conseguirlo.
Titiritando y triste, se busca a sí mismo en la distancia.
Busca la estela azul que dejó al llegar
para poder regresar junto a ella.

Triste y oscura está la noche con esa Luna perdida
que vemos con el alma allá a lo lejos.
Triste y oscura, como los ojos de los gatos pardos
que, de madrugada, deambulan por los tejados.

Tiritando, el titiritero y toda su comparsa se expresan.
Espera el titiritero que vuelvan las horas,
que el reloj se las devuelva.
Titiritando y triste, se busca entre lo que le queda.
Busca por qué la quiso tanto, tan adentro
que el reloj se la llevó con su tiempo.

Triste y oscura está la noche, y embravecida y sólo,
como la tormenta que solo levantaba ella,
como los signos que solo ella conocía.
Triste y oscura, como la calle, como la vida,
como una vida que no comprende el sentido
del atractivo de los malos tratos.

Tiritando de frío y de miedo, triste y sólo,
el titiritero canta bajo la Luna Nueva
una canción que conoce solo por pena.
Titiritando de soledad y tristeza,
el titiritero encara las nubes
y canta y baila con su sonrisa.

Expectativas

Una vez me dijeron que las expectativas no sólo no lo son todo,
sino que se empeñan en minar lo bueno que se brinda sin superarlas.

Cuánta razón tienen las expectativas cuando lloran por esos besos que no llegan.
Más razón tendrán los ojos que sollozan por un amor platónico que no llegó nunca.
Y ambos tienen razón nula, porque no ha pasado nada por lo que suspiraban.
A lo mejor, incluso en estos días inciertos y que pesan al caminante expectativo,
una mirada de los ojos que más podrían satisfacer sus ansias de gloria
ha pasado desapercibida entre los rayos de un fuego que no estuvo siquiera en ascuas.

Caminante expectativo que esperas en la distancia a que suceda algo,
asimila que ya ha sucedido, que estás aquí para cumplirlo y hazlo.

Caminante expectativo que te retuerces en una esquina sollozando,
como los ojos que sollozan por un amor platónico que no llegó nunca,
déjalo todo y brinca y baila con los ojos y con los pies y con el alma,
que no se diga que te quedaste en tu esquina sollozando, como los ojos
que lloraban por ese amor que nunca se acercó a mirarlos, como esos labios
que te dejaron sediento en aquella esquina para que no pudieras perseguirlos.

Ríndete al deseo y desea todo lo que puedas, porque esta vida es corta
y si te despistas... ¡ay de ti si te despistas!

Ríndete a la pasión y fuma y bebe y ama y ríe, que este continuo es sólo eso,
un ríndete en un rincón, en una esquina,
hasta que se sequen los labios de los besos que no diste,
hasta que se te sequen los ojos de ver los suyos sin parpadear un solo instante,
hasta que los pulmones no rindan, hasta que no respiren el aire que te llena,
el aire lleno de esa vida que se escapa a cada momento que pasamos contemplando nuestra existencia.

Ríndete a los lujos y deja que te saturen los sentidos de flores y primaveras,
de hojas y otoños dulces, de veranos y campos verdes y también de inviernos y sus hielos azules.

Ríndete al deseo, ríndete como si fuera el último día sobre la tierra y no hubieses conocido nada.
Ríndete como si no quisieras estar jamás en aquella esquina de la que saliste cabizbajo
al otro lado de un vagón que no era el tuyo, y vive y sueña y canta y baila y besa.

Ríndete cuando te mire desde lejos la mujer que más te gusta o en la que menos habías pensado,
déjate querer y quiere y ama y ama y ama... ¡ay de ti si no amas como si fuera hoy el último día!
¡Ay de ti cuando recuerdes que no amaste aquellas piernas como si fueran las últimas que verías!
¡Ay de ti cuando recuerdes que no quisiste buscarla cuando se había perdido para no estar contigo!

Ríndete al desconsuelo y desconsuélate, que del llanto viene una paz infinita que nunca has conocido.
Ríndete al resto de la habitación que no conoces, sólo en aquella esquina, sal de ella y enfrenta el mundo
y grita y vuela y corre y brinca y recita los versos que escribías para ella en las orillas de su alma.

Terremotos, luces y súplicas

Terremotos de luciérnagas se tambalean en las tormentas que levantas con los ojos.

Luces que brillan con fuerza reflejadas en los iridiscentes luceros de tu alma esquiva.

Súplicas que no llegan a tu puerto, allá a lo lejos, en tu orilla, donde naufragan los anhelos que siempre había reprimido hasta que vi por vez primera tus pupilas.

Terremotos de luciérnagas coloridas que nacen y vuelan alrededor de nuestra cabeza, mientras me miras con esas dos perlas marrones y negras con que arrancaste mi tristeza.

Luces que brillan y que deslumbran la vista del que se creía un ciego que siente poco, que ha vivido poco desde que las luciérnagas se organizaron en el cielo formando estrellas.

Súplicas que no llegan a ningún lado, por no haber sido formuladas nunca, por miedo.

Terremotos de luciérnagas que se tambalearían si tuvieran los recuerdos que he guardado.

Luces que brillan con fuerza se apagarían para dejar un día o dos de luto por mi memoria.

Súplicas que nunca me han servido para dejar de ser tan inconscientemente tímido de la vida, que no han servido para apaciguar las tormentas que levantabas con los ojos cuando me querías.

Desiertos asfaltados

Nubes de asfalto incongruente y frío adornan las aceras
mientras discurren cabizbajos los peatones
con su triste rutina sobre ellas.

Cielos de acero en plancha que cercenan las vistas
para que no podamos escapar de las miradas
que ya no nos miran nunca.

Caminos y áreas verdes y mustias que dan risa
intentando rescatar el verdor de la añoranza
de esa vida respetuosa que no vivimos.

Caminando por las aceras de asfalto
bajo la herrumbrosa mirada del cielo
acaricio los brotes verdes de mi alma
y no encuentro más que miradas que pasan.
Los ojos, ese gran desconocido que atrapa,
nadie los ve al otro lado de su cara.

Paredes de ladrillo que se reproducen a ambos lados
mientras, en la calle, un acordeón sigue tocando sólo
la misma melodía que hizo temblar sus cimientos.

Acequias y fuentes de la vida tapiadas y escondidas
bajo los muros de bellezas mucho menos monumentales
que erigieron ególatras ensimismados y soñadores.

Velocidades vertiginosas, tímidas y esquivas que no soportan
cruces de miradas dulces y sonrisas mientras se miran,
porque nunca serían capaces de salir de su rutina.

Sostengo paredes de ladrillo visto desvestido
entre las acequias que ya no fluyen a las fuentes
mientras me cruzo con miradas veloces que me evitan
y no encuentro más que miradas que buscan ayuda,
que están gritando con los ojos por salir de su rutina,
y me digo: "A lo mejor, es a esos ojos a los que nadie mira."

Si lo olvidamos

Las sonrisas que perdimos
forman parte de un pasado
que no quiero rememorar.
Esas sonrisas desoladas.
Esas desoladas sonrisas
que dejamos en un rincón.

Las miradas que perdimos
forman parte de una estela
de miradas que se deshace.
Esas miradas inolvidables.
Esas inolvidables miradas
que nos quitarían el aire.

Y es que
todo lo que hemos dejado,
todo lo que hemos perdido,
se ha perdido para siempre.

Y es que
todo lo que hemos vivido,
todo lo que podemos guardar,
sólo puede perecer con el olvido.

Las sonrisas que perdimos...
Las miradas que perdimos...
Hemos perdido tanto...
Pero ¿y los recuerdos de sonrisas?,
¿y los recuerdos de miradas dulces?
Hemos perdido tanto por permitir al olvido
quitarnos todo lo que teníamos,
aquello que sólo puede perecer si lo olvidamos.

Vuelta amarga

Es cuando te sientes más vulnerable,
cuando llegan todos los problemas
con los que se te olvidó lidiar
y te miran a los ojos y sonríen,
porque tienen el camino despejado
para machacar los sueños que tenías
mientras los ibas apartando de tu vida.

Es en ese momento de desesperación
cuando intentas llegar a las manos
con esos problemas que olvidaste,
pero es demasiado tarde para vencer,
porque se han hecho fuertes en tu vida
y no quieren abandonar el único ápice
de atención que han logrado que les prestes.

En ese momento tendrías que pensar
en las decenas de razones que tenías
y en las escasas razones que te quedan
mientras persigues estereotipos desfasados
entre las calles de una ciudad que no conoces,
mientras persigues locuras transitorias
y a los locos que las promueven,
y, para entonces, esos problemas que decías tener
y sufrir más que ninguno, serán polvo,
como el polvo que se llevan los suspiros
que exhalaban los locos de atar que conociste
y que esquivabas al cruzarte por la acera
de esa ciudad que te desheredó
con la sangre fría, tan fría y seca
que aún siguen marcadas a fuego las páginas
de aquel libro que dejaste a medias
en aquella estación que visitabas a diario.

Y es en ese momento cuando comprendes
que has perdido más de lo que pensabas,
pero ya de nada sirve llorar, de nada sirve,
pues has sido siempre el desconocido
que ahora reconoces y aceptas
para la misma gente para la que parecías importante
o que fingía, porque fingir es una lacra
que nos afecta a todos los que hemos visto
perderse teléfonos y nombres
entre la maraña de dichos y frases y versos
que hemos ido dejando atrás.

Luces de Noviembre

Las Luces de Noviembre, próximas a expirar,
lucen fuertes y fieras mientras se apagan.
Vidas continuas que suspiran por una luz
desolada que tiembla esperando el treinta.

Brillos del duodécimo mes, que destellan
esos últimos rastros de las luces que quedan,
van haciéndose hueco entre las desoladas ramas
de los árboles que tiemblan de frío y pena.

Noviembre bendito, que mueres en mis manos
frías tan frío y pálido, ven conmigo,
que yo puedo darte el calor que me sobra,
que yo puedo darte la paz que has perdido.

Ven conmigo ahora, Noviembre, abrázame
estos ocho días que nos quedan juntos
y enséñame esas hojas que derribaste
y las nubes negras y las lluvias que traes.

Ven conmigo, Noviembre, no estés triste,
enséñame la Alhambra blanca y nevada
más blanca que nunca al enmarcarla
en la Sierra Nevada que la llena de vida.

Ven conmigo, Noviembre querido, ven,
ven a ver conmigo los amaneceres que quedan
y las puestas de Sol desde los miradores
que hacen justicia al palacio y sus murallas.

Ven conmigo, Noviembre, no te dejes ir,
ven a ver al Genil discurrir por Granada
y al Darro llegar al puente y encontrárselo,
ambos son caudalosos cuando llegas, Noviembre.

No quiero que te vayas, Noviembre, no quiero,
¿Qué voy a hacer cuando vengan apresurados
los doce pecados de frío? ¿Qué voy a hacer?
¿Dónde estarás para poner orden al caos helado?

Noviembre, viejo amigo, te he visto muchas veces
y nunca antes he querido tanto que te quedes,
sé que tienes que irte, por eso suspiro bajito
y cuento despacio todo lo que nos queda pendiente.